

Moisés Rojas

EL GUARDIÁN
DE LOS CHAKRAS



Título: El guardián de los chakras
Autor: Moisés Rojas
Editorial: La voz del viento

Moisés Rojas
www.moisesrojas.com
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-616-4077-5
Depósito legal: SE-825-2013

Ilustración de portada: Rubén Garcerá Soto
Correcciones: Víctor Martín y Moisés Rojas
Impresión: Publidisa

Queda prohibida, salvo excepción prevista en ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

" De una cosa estamos bien seguros, **la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra.** Todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. El hombre no tejió la trama de la vida. Él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo."

Carta del jefe Indio Seattle.

La partida

John Jacob Wick andaba por un camino polvoriento, a unos tres kilómetros de su casa, mientras iba mirando el cielo como si se pudiera aprender algo de él, como si tuviera que decir más de lo que se puede ver. Un cielo azul, con unas nubes, muy ávidas en desaparecer por el horizonte.—¿Dónde irían las nubes al desaparecer? ¿Sentirán mi amor por su belleza?—Pensaba John. A lo lejos se veían como unos viejos sabios manipulaban el chakra dándole distintas formas que incluso a lo lejos se podían divisar, un acto sagrado que perduraba desde siglos atrás.

El sol golpeaba con cierto carisma, a la par que llegaban unas nubes que traían un aroma fresco. El camino se hacía largo, pero John era una nube. Ya no caminaba, y sabía que en la siguiente curva ya su mente debía ser llenada de muchos pensamientos, conseguir un orden y disponerlo todo para estar preparado por lo que pudiera pasar, tenía una extraña sensación. El camino se dividía alrededor de una fuente, a la que John casi como un lugar sagrado, siempre se paraba a mirarse en el reflejo del agua, donde una forma distorsionada le ayudaba a ver algo diferente de él cada vez. Se acercó como siempre, y asomó su mirada hacia la fuente. Esa nube era un poco más oscura que las que se reflejaban en el agua, piel castaña y un pelo desaliñado, pero con cierto orden y una mirada profunda, como la de los antiguos Yapajaes cuando eran uno con el horizonte, o las águilas cuando noblemente vuelan con su gran ley.

Tras pasar por su lugar sagrado y comprobar que seguía estando allí, debajo de las nubes comenzó a precipitar sus pasos hacia el lugar donde tenía que llegar. Al llegar solo quedaba por cruzar una carretera y al revolver, allí se encontraba su majestuosa casa, que era como su gran amigo, siempre estaba esperando que llegara él. Sol y sombra por doquier entretejía una amalgama de dibujos en el suelo.

Le encantaba mirarlos como si fueran algo misterioso que emanaba del suelo. Entrando por el patio, y dejando la cancela entreabierta, estaba todo en silencio, un silencio demasiado ruidoso, el pecho se le encogía aunque era valiente por su puesto, y además lo sabía.

Algo pasaba, tenía esa sensación y ya le había mordido en el pecho. Apartando la frescura y hermosura del día, algo le olía mal, tenía que averiguar que era. Entró en la puerta, que siempre hacía bastante ruido, por muy cuidadoso que fuera. El sonido hizo un eco, que solo se atrevió a parar cuando entró en el cuarto, donde todos estaban reunidos a la luz del fuego, y como centro el cabeza de familia, con la mirada baja, como si algo malo hubiera hecho. El silencio era algo habitual sobre todo en momentos más meditativos del día, pero quizás eso era demasiado, casi no se escuchaba la respiración de los allí presentes.

Ludwig, padre de John, movió ligeramente la cabeza con gesto de aprobación cuando entraba por la puerta. Hizo intención de hablar, pero su mujer, Theresia, comenzó a hablarle a John, con tono melancólico y desgarrado.—John, tu padre ha caído enfermo, exclamó entre un suspiro.—¿Qué le pasa a papá? Inquirió con impaciencia John, con una mirada casi amenazante.—Tu padre, no puede trabajar, tiene una enfermedad.—parecía como si tuviera que ser exprimida para terminar la frase.—¿Qué tiene?—volvió a preguntar John mientras se secaba el sudor frío de la frente.—No tiene fuerzas, está débil, y no podrá alimentarnos a todos, tenemos derecho a una ración mínima de alimentos, pero lo pasaremos mal, John.

Todo ello lo decía cuando Ludwig miraba a los niños; dos pequeños, una chica y un chico, parecía como si el mal trago debiera pasar para volver a sus juegos, sin restar importancia al miedo que sentían junto a ellos. Las peores premoniciones se hacían demasiado efectivas y no solo quedaba ahí. Mientras la familia pasaba un mal momento, había que buscar una solución, para solventar la situación. John era totalmente consciente de que su porvenir, su estudio en el oficio, que pronto le esperaba era perteneciente al rango que su padre ostentaba, y de que dejando éste su trabajo solo podría ser autosuficiente y obtener lo básico e imprescindible, tan solo podría estudiar pero dedicando muchas horas para obtener todo lo que necesitara, además para una década donde los cultivos habían sido regulares, o muy malos. Algo se debía de pensar y, como era de costumbre en John, era demasiado rápido pensando como para meditarlo. En ese mismo momento, toda la familia discutía el plan a trazar.

–Bien, me iré de casa–dijo John con decisión.–¡Cóoomo!–Exclamaron todos a la vez que Theresia elevaba su torrente de voz, y frunciendo las espesas cejas negra decía.–¿Crees que vas a marcharte? Tienes que trabajar, dejar los estudios y quizás más adelante te puedas dedicar a ellos.–No puedo mamá, tengo una idea mejor, me iré fuera e intentaré trabajar hasta tener una situación mejor, sé que puedo hacerlo. Con lo que me den fuera, podréis vivir.

Sé que retrasaré mi crecimiento. Será lo mejor.–¡¡No!! No puedes irte, nunca has salido de aquí.–En ese momento Theresia era interrumpida por la voz vehemente de Ludwig.–Déjalo ir, quizás no sea tan mala idea. Nosotros permaneceremos aquí y nuestra vida no cambiará, se que John tiene algo especial que hacer, aunque no sé aún que es, quizás un cambio le venga bien. Y si gana alguna retribución, nos podrá ayudar, allí afuera viven de la usura, el cambio siempre te permite acceder a cosas que tardarías mucho más tiempo de obtener aquí y si no, pues le esperaremos con los brazos abiertos.

Finalmente la angustia le vencía, era el guerrero que aceptaba su derrota. Los sistemas económicos en Rocaroja eran algo distinto, más bien racional, distribuyéndose las cosas de una forma bastante más natural. Prácticamente nadie atesoraba riquezas, porque para ellos carecía de sentido, un lugar un tanto especial. A veces si alguien tenía dinero, le preguntaban que para qué lo quería, normalmente las cosas que se tenían no se compraban sino se ganaban. Había un viejo dicho en Rocaroja, y decía que si un objeto se queda mucho tiempo con alguien, su alma se apoderaba un poco del alma de la persona en vida, y que solo se libera en la muerte, algunos quedaban atrapados en esos objetos.

John se disponía a recoger sus cosas, no eran demasiadas las que quería llevarse, un libro, unos botes de conservas, y su ropa, todo ello en una gran bolsa de cuero.–Me iré a la ciudad, quizás allí pueda encontrar algún trabajo.–Hay numerosas industrias entre las doce casas y seguramente necesiten algún novicio.–Diciéndolo John, se secaba las lágrimas que había aguantado durante los dos días que estuvo preparando su marcha.

–Hijo, recuerda hazlo lo mejor posible. Que no se diga, que nuestra familia no tiene esencia.–Mientras era besado tras las palabras de su padre; su madre y sus hermanos le abrazaban, quizás sin esperanza de volver a ver a un hermano que se dirigía a un mundo desconocido, sin ayuda. Era uno de los momentos en los que los padres se arrepienten de no haber enseñado a sus hijos algo más que seguramente sea necesario para vivir fuera del nido.

En la misma puerta de su casa estaba su amigo Kaspar, esperando que este asomara su mitra por el arco del jardín.–John ¿te vas y no me dices nada viejo amigo?–No era costumbre en John contarle todo, y quizás el tiempo le había sido demasiado rápido, que incluso se olvidó de Kaspar y los demás.–Kaspar, me marcho a Villous, si además sé que lo sabías, espero verte cuando regrese aunque tarde, y espero que todo siga igual de tranquilo por estos parajes.

–No creas que estaré quieto, cuando regreses, seré un maestro de artes marciales, veo además que has olvidado a Agnes, te lo reprochará siempre y lo sabes.

–Kaspar, sabes también como yo que la aprecio, pero esta aventura no es para ella, y siempre la tendré en el recuerdo y en el corazón, díselo de mi parte, pero he de volar libre.

–No. Tú lo que quieres es ligar con alguna chica de Villous, viejo ladrón.

–Cállate Kaspar “el roba tintas”–La risa de Kaspar se hacía quejumbrosa a la vez que abrazaba a John, decían que las mujeres de Villous eran las más hermosas de todos los lugares y eso ligado a pensar que su amigo se marchaba, la envidia le daba en ese mismo instante y un abrazo le sabía demasiado a poco a Kaspar, todo un amigo fiel de John.

La maleta la cogió fuerte. Ahora tenía que viajar por unos cuatrocientos kilómetros hasta llegar a la ciudad. En forma de apoyo llevaba una estaca labrada, con muchos dibujos y detalles, que le daban un aspecto como si fuera la vara de un mago. Pero era principalmente para la autodefensa en un camino inesperado.

Caminando cada paso que alejaba su mirada de aquel lugar, del lugar más querido por alguien, el lugar donde crece. Sentía dos pinchazos cada vez más fuertes. Uno era el corazón, y otro en la barriga, el alma, le dolía separarse de las personas que había amado, con sus defectos y con sus virtudes, pero parte de él. Parecía marearse e incluso dudaba de si salir corriendo y dar marcha atrás, pero eso era una derrota, aunque la realidad era que a cada paso, el mundo se hacía más y más pesado. No tenía claro donde iba a poner el siguiente pie, en un mundo que parecía que estaba completo sin sus acciones, donde está mal visto ser débil. A lo lejos se divisaba ya la ciudad con sus chimeneas y las luces que brillaban de forma tenue, pero que anunciaban que allí había un lugar acogedor. Llegando cerca de un cruce que estaba solo a un par de horas de su casa, donde años atrás con algunos de sus amigos habían jugado a pequeñas travesuras, había un carro con dos personas subidos a él.

–Perdonen, no... por casualidad, ¿no iréis dirección a Villous, no?–pronunció John. Cuando los dos hombres, uno muy elegante y el que parecía ser el chofer, el primero un poco desaliñado pero con cara pícara no paraba de señalar a John, se miraban y murmuraban algo. Al dejar de murmurar y tras alguna palabra del chófer; el primer hombre dejaba caer una palanca, dando paso para que subiera John por un carro que tranquilamente habría cargado con muchas cosas años atrás.–Tienes suerte chico, nuestra comitiva no se ha presentado. Puedes venir con nosotros, ya vamos a ir recogiendo, y en seguida alcanzamos Villous, yo soy Gildmon, y él es... bueno el chófer. Ya verás como el viaje se te pasa en nada, muchacho. Ujum ujum.–Terminó diciendo mientras tosía, puesto que fumaba un tabaco que incluso de tarde en tarde el humo se convertía en niebla el interior de su boca.–Yo soy John Jacob Wick de Rocaroja, todo un placer.

Subió con ganas en el coche de caballos y acomodó su gran bolsa que llevaba como maleta. Los caballos relincharon un poco, al notar algo de más peso en sus lomos. En el carruaje no se estaba tan mal, muy al estilo de los carruajes antiguos, pero lo peor es que no entendía nada de lo que decían sus transportistas, pues hablaban de temas extraños que seguramente entienden los habitantes de Villous. Por lo menos tenía el paisaje que era precioso con los frescos valles que se revestían de árboles tan viejos como altos. Incluso había ocasiones en las que el agua atravesaba las hojas de los árboles después de llover. Era curioso como llovía desde la cima de los árboles en un día soleado. Los más viejos del lugar cuentan que ya estaban allí. Mucho antes de que se llegara a poblar Rocaroja, fue el primer lugar que se habitó. De aquella época no se cuentan demasiadas cosas, puesto que prácticamente nadie había investigado sobre cómo llegaron allí ni por qué. Solo se sabe que un día llegaron los primeros y nada más.

Al fin y al cabo, ya llevaban recorrido una distancia considerable desde Rocaroja hasta Lordmolín, una ciudad–laguna a unos cuarenta kilómetros de Rocaroja. El sol había caído del cielo casi tan de repente como sus anfitriones.–Bueno ya es la hora, vamos a movernos, y así acampamos al anochecer. La noche será larga esto es territorio de ladrones.–Exclamó Gildmon. Los ladrones o bandidos, estaban fuera de la ley, no atendían a ningún tipo de filosofía, simplemente robaban por diversión. Después de haber robado normalmente tiraban todo, incluso era mejor dejar que te robaran y después recuperarlo, eso sí, si encontraban resistencia lo más probable es que lucharan a muerte. Son de los que piensan, que no hay ningún objeto que le pertenezca a nadie, ni a ellos mismos siquiera, así que con ello justifican su teoría. Les sirve casi como la meditación, y jamás robaban comida pues tienen sobradas en el valle. Lo malo es que también tiraban la comida, demasiados escrupulosos para quedarse con la comida ajena. Se daba muchas veces, que cuando cogía un bandido un objeto se imaginaban con ellos

usándolos, pero en esos instantes se daban cuenta de que el objeto no les interesaba por muy bonito que resultaran y los tiraban siguiendo su camino.

Echando de menos su tierna cama se encontraba John, la aventura era prometedora, pero desafortunadamente no iba a desearles buenas noches a sus hermanos Kris y Marie, algo que siempre acostumbraba a hacer, obteniendo una grata sonrisa de ambos. Ni su madre iba a hacer la última visita antes de dormir, tan apacible y encantadora al dar las buenas noches. Los baches en el carro se iban haciendo insoportables, el camino empeoraba, y la noche caía como si tuviera una gran prisa en dormir a todas las criaturas que tanto ruido hacían durante el día. Los caballos, inmensamente fuertes, ya parecían cansados y su mirada contenía algo de enojo. No era para menos, casi habían recorrido unos ochenta kilómetros. Había sido una jornada dura.

—Vamos a distribuirnos para dormir mejor. El chico, que duerma toda la noche, yo me quedaré en el carro vigilando y a eso de las cuatro tú me sustituyes, después me voy al lado de los caballos hasta el amanecer ¿Te parece bien, Gilmond?—Sí, como siempre.—decía cuando el bostezo asomaba en su blanca dentadura.

Agarrando la bolsa se disponía a dormir, con la espalda en un lateral del coche y justo delante, como almohada, la gran bolsa, que le protegería de la fría noche o de una postura incómoda. Y sobre todo intentar que ningún bandido le robara, que seguramente lo intentarían en el sigilo de la noche. Ya con la postura deseada, John dejó la mente en blanco y cayó en una nebulosa de zumbidos, transportándolo a un placentero sueño, quizás demasiado plácido para dormir fuera la primera vez.

Un poco más tarde del cambio de turno, cuando ni un alma rozaba el suelo y la naturaleza podía escucharse como vivía con fuerza en la noche, se escuchó un leve susurro.

—¡Ey! despierta muchacho.—Era Gilmond. El chofer no estaba cerca, y él lo miraba con aire inquisitorio.—¿Sabes dónde está el chofer? Hace un tiempo que no le veo y debería estar haciendo guardia.—De repente se escuchó un gran crujido, y alguien saltó en lo alto del carro, gritando.—Moveros, salgamos de aquí rápido.

Sin saber porqué los caballos entraron al galope, del repentino tirón John se cayó hacia atrás dejando la bolsa y cayendo de espaldas fuera del carro, que no tenía interés ninguno en parar.

El suelo era bastante duro, pero no era eso lo que dolía más. Había pasado de estar dulcemente durmiendo a ver una vuelta completa de la noche en toda su dimensión, mientras casi acrobáticamente caía hacia atrás hasta llegar al suelo. De inmediato, John se levantó y comenzó a dar zancadas, afortunadamente cuesta abajo, parecía que se acercaba al carro.—No, no, no me puedo quedar aquí, tengo que llegar a Villous como sea.—argucia John apretando los puños y los dientes. Todavía no parecía darse cuenta de lo que ocurría en esos instantes, y dada la cercanía aún de su casa, le pasaba por la cabeza la imagen de sus padres aceptando con resignación la gran derrota de su hijo.

—Sooo...—se escuchó casi cuando ya estaba tocando el carro con la mano.—¡Ey! chico, date prisa, creíamos que estabas detrás, decía Gilmond—Seguro que creías que estaba detrás, no lo tengo yo muy claro.—exhaló John como pudo.—¿Nos estás llamando mentirosos chico?—preguntó el chofer como si de una persona respetable se tratara y le hubieran faltado al respeto.

—Sí, y lo sabes, que es así.—Las miradas de los hombres se entrelazaban con aires de complicidad.—¿En qué te basas? Dijo Gilmond.

—Pues que ha sido una simple cuesta y me habéis abierto la bolsa. Si no queréis que llame a los inspectores de camino o a los keepers, será mejor que me llevéis y me dejéis tranquilo.—John, parecía que había ganado la batalla.—Me parece bien, es justo.—Terminó diciendo Gilmond, con la mirada de un sucio perdedor. No habían podido robar a un joven de pueblo, si es eso lo que querían, y lo tenían que llevar hasta Villous.

Los inspectores de camino solían ser implacables, dado que desde hace mucho tiempo los ladrones y asaltantes, tomaron todas las vías públicas, siempre hacían lo que querían. En cambio los más benevolentes eran los keepers, pero también muy respetados. Ambos estamentos de control eran miembros de las dos grandes civilizaciones que trabajaban casi en común, como un trato especial para la seguridad en los viajes y comercio. Si alguna vez te tropezabas con alguno podría retenerte todo lo que quisiera, hasta tener claro quién eres, a donde ibas y el resto de información que pudiera tener interés para ellos. Se rumoreaba que aún seguían vistiéndose de paisano y observando e incluso acompañando a los demás transeúntes. Los señores de la guerra, un alto rango de los inspectores, vestían una capucha negra con capa, el miedo recorre a todo aquél que se cruza con ellos. No les era permitido por motivos de seguridad enseñar su rostro y trataban de cuidarlo al máximo, para no comprometer nada. Llevan espadas debajo de sus capas, ya que el fuego era determinadamente prohibido e imposible de usar, desde eras atrás. La tecnología no obstante no había posibilitado la creación de armas de fuego, por alguna misteriosa razón nunca se conseguía llevar a cabo.

Tras retomar el sueño en mitad casi del camino, las cosas volvían a la normalidad.—Está amaneciendo, busquemos algo de agua para los caballos, diría que están sedientos. —Gildmond le indicó el lugar donde debían de pararse.—¡Ey! ¿Queda mucho aún para llegar? Estoy deseoso de llegar a la gran plaza de Niklas. Dicen que fue increíble cuando llegó en su caballo blanco, y señaló el lugar donde después creció Villous.

—Kakunin, ¿no crees que deberías pensar en buscar empleo en vez de hacer turismo? Imagino que eso buscas.—Aconsejaba con cierto despropósito a John.—¿Y por qué no? iré a la plaza y quién sabe si allí mismo puedo encontrar algo. Nunca se sabe lo que le depara a uno el destino.—Terminó de hablar con Gildmon en un tono un poco más amistoso. Tras una noche donde el engaño estuvo presente, aún fantaseaba con los extraños sujetos. Kakunin era la palabra favorita de los villourianos para referirse a los de Rocaroja, que más bien significaba algo así como “tonto de pueblo salvaje”.

Los caballos reponiéndose de toda la fatiga que habían tenido en una noche tan intranquila, parecían resoplar y aprovechar al máximo el pequeño descanso. Quedaba gran parte del trayecto, y por lo menos una noche más tendrían que acampar cerca de la frontera con Villous.

—Gildmon, donde está la cuerda, tenemos que coger algo de leña para esta noche, parece que va a refrescar. ¡Ah! Y tendremos que cocinar algo, no quiero comer más raíces durante un tiempo.—El chofer, casi con una lista de trabajos para realizar, se paró frente a Gildmon con algo de autoridad. A pesar de que Gildmon siempre decidía lo que hacer en cada momento, era una extraña relación entre subordinado y jefe.—Parece que hoy tienes más fuerzas que de costumbre. He visto muchas pisadas recientemente, deberías afilar tu espada de paso, nunca se sabe.—El chofer, puso cara de respeto hacia lo que decía Gildmon. Muy a su pesar, los tiempos eran muy distintos a cuando él se crió. Gildmon parecía reconocer bien todos los terrenos que frecuentaban.

—Por cierto, John, dime por qué llevas un bastón, si eres todavía un crío.—Le hacía gracia el bastón con tantos dibujos, se mofaba de él, puesto que sólo las personas autorizadas, podían portar armas, al igual que nadie podía robar, aunque cosa imposible con los bandidos.—Llevo un bastón porque mi padre me aconsejó que lo llevara, nunca se sabe con quién te puedes tropezar, y solo será para el camino.—Ahora no pilló desprovisto a John, y le devolvió el chiste, haciendo alusión al frustrado intento de robo.

Los tiempos habían cambiado muchísimo. Antiguamente hubo revueltas entre más de un poblado y sobre todo un constante abuso de Villous desde que la ciudad se fundó adelantando tecnológicamente a los demás poblados, definiendo de esta forma dos civilizaciones; la civilización Meditierende que comprendía todos los pequeños pueblos y el pueblo común que vivían arraigados en el gran bosque del valle de Rocaroja, y por otro lado los villourianos.

Aunque nunca lo reconocen, los primeros líderes eran amigos, pero hubo una escisión y cada civilización funcionó a su manera.

En Villous, las distintas cadenas de mando, eran diseñadas para que cualquiera pudiera escalar posiciones, y estos a su vez, cumpliendo con un cometido para el bien común. En un principio todo el mundo es igual, si bien había una gran diferencia debido a la selección genética de todos aquellos habitantes de la gran ciudad. Desde mucho tiempo atrás habían sido manipulados hasta conseguir individuos con una gran adaptación tanto a las tareas a realizar, como en la mejora de la calidad de vida. Dejando relegado a un espécimen de segundo nivel a todos aquellos que decidieron desde tiempo atrás seguir los caminos del destino y la selección natural como los Meditierende. Ambos bandos, habían tenido respeto el uno por el otro, la única diferencia es que los primeros contaban con ventaja sobre los Meditierende: Mucha más fuerza, rasgos finos y bellos, e incluso otras aptitudes muy controladas, puesto que debían llevar un patrón parecido entre todos y una misión específica para cada casa. La genética de cada individuo se registraba en una base de datos y se estudiaba cada variante; controlando de esta forma toda la población y sus mezclas. El único defecto era la inteligencia de estos seres, media tirando a baja, excepto algunos individuos alterados como los herederos de las distintas casas que tenían que estar adaptadas a su función. El control era máximo, casi idéntico a la felicidad de sus ciudadanos al carecer de sufrimiento en una sociedad prefabricada. Por eso, de tarde en tarde era peligroso hablar con los “Kakunin”, puesto que esta gente tenía hijos de forma natural, sin ni siquiera contemplar la posibilidad de enfermedades y un largo etcétera que a los villourianos les daba curiosidad y repulsión.

Muchos artistas y sabios en un comienzo abandonaron la civilización de Villous, pues vieron en ella al mismo demonio, y el modelo que prevalecía les parecía una aberración, incluso peor que los anteriores, a pesar de que el dolor y el sufrimiento eran increíblemente superiores en esas épocas antiguas. Pocos se mostraban capaces de desobedecer o cambiar el gran sistema, respetado por todos, pues todo el sistema era toda persona que en él se encontraba. La fe y el orgullo pertenecían a solo una cosa a Villous, la todopoderosa Villous. Otro gran grupo se dirigió más allá del oeste, lejos del mar de Ohn.

—Kakunin, sabes que te llamarán así en cuanto vivas en la ciudad.—dijo a John.—Me da igual, soy feliz siendo quien soy, sé que heredé de mi padre una hermosa nariz. Y estoy orgulloso, los demás tienen unas narices demasiado pobre en matices, diría que son un poco aburridas.—John no carecía de sentimientos de culpa, y menos por una cosa que le había sido regalada. La diferencia iba a ser grande y lo sabrían todos en cuanto tuviera oportunidad de relacionarse. El viaje seguía su ritmo, a pesar de que de tarde en tarde, se paraban a coger algo de leña para el futuro fuego que tarde o temprano harían para calentar algo de agua y añadirles una ricas raíces. Había una en concreto que aportaba unas sales especiales para recuperar las piernas, y que siempre le había gustado a John.

Pronto iba a ser día festivo por la casa de la sanidad. Ellos todos los años regalaban a todos una cura o un avance médico que hacía que la vida fuera un poco más agradable. La última; que todo aquel que se vacunara dejaba de tener trastornos hormonales, haciendo muy estable la mentalidad de los jóvenes, fue algo muy bien acogido por los padres. Ya sus hijos desde una temprana de edad eran casi tan responsables como ellos. No tenían tantos impulsos sexuales, como antes, y fue todo un éxito.

El gran patriarca era la única figura que destacaba en todo Villous. Era lo que moralmente se podría llamar la voz de la conciencia. Él marcaba por dónde ir, y llevaba tantos años como la misma Villous. Lo único que no se podía manipular por el momento era la voluntad del patriarca. En esta persona recaía la responsabilidad de que todo marchara bien, y por supuesto las decisiones más comprometidas. Se podía decir que Villous era él y él era Villous, y que los demás seres eran más que partes de su creación.

Cada casa tenía solo dos figuras, que podían destacar. Los responsables de cada casa eran los capitanes; podían decidir en cada momento las funciones, siempre sin alterar la dinámica que se había decidido en el consejo, y que el patriarca solo en exclusividad podía discernir. Claro que esto era realmente difícil normalmente, ya que sabían que tenían que hacer; todos los planes eran revisados y planteados con una gran antelación, tanto, que se solía seguir un estricto plan de desarrollo en las distintas casas.

Estas figuras, que a veces ejercían de mariscales, eran el capitán y el subcapitán. Ambos eran promovidos según su habilidad, por lo que la promoción era real, aunque muy exigente, puesto que al tener cualidades muy similares entre sí, la competencia casi carecía de sentido. Salían a promoción aquellos que de verdad destacaban en algo y por encima de ellos a modo de emblema estaban los emperadores de cada casa, nobles al fin y al cabo. Eran designados por el patriarca según su confianza.

—¿En qué casa quieres trabajar? Pequeño Kakunin.—Dijo Gildmon, buscando las cosquillas a John.—Diría que a la casa de la ingeniería, se me da bien crear cosas nuevas. Creo que me adaptaría bien, y empezaría haciendo trabajos para ellos, no me importaría si algún día pudiera ser sub. capitán o capitán.

—Ja, ja, ja, siempre es interesante contar con un Kakunin, así no te aburrirás hasta la muerte. ¿Por qué te crees que viajamos? Siempre es lo mismo. Aunque no seáis efectivos, sois mucho más entretenidos y más reales que todo Villous. Espero que aguantes todo el tiempo ¿Qué pretendes? Pocos Kakunin, lo consiguen; Venga dejémonos de cháchara y cojamos las riendas, empecemos a movernos más rápido; antes del anochecer volveremos a acampar, queda mucho camino aún.

Pensando en el camino que les quedaba, le trajo a John recuerdos de las enseñanzas que su padre le había transmitido desde muy pequeño. El camino de un hombre no debe ser torcido por nada. Desde pequeño Ludwig, le había mostrado la mejor de las enseñanzas. La importancia de no torcerse, uno debe brotar naturalmente con la luz justa, no demasiada porque entonces te quemará, y tampoco demasiada poca porque sino los tallos no sabrán por donde brotar. La luz y la oscuridad hará que todo esté en su sitio, y el equilibrio será tan natural como el Yin y el Yan.

El día en su punto máximo comenzaba a dejar caer los pesados rayos de sol. A lo lejos se veían unas fogatas o chimeneas que aparecían entre los árboles de un bosque que se enorgullecía de estar entre unos montes tan majestuosos, que dicen que eran reservados por los antiguos reyes que pisaron estas tierras. Ya era hora de la cena y para ello tenía consigo su mochila para proveerle de algo de comida para el viaje, precisamente la que su madre le había preparado con unas galletas con flan, y chocolate, su postre favorito que también solía almorzar, más por pasión que por dieta y que por supuesto encontró en la bolsa casi escondido, obra por supuesto de una madre. En aquellos momentos, la añoranza brotaba como si de un manantial se tratara.

—No, no me pueden ver así.—Se dijo así mismo John, mientras se restregaba los ojos llorosos casi al filo de derramarse. Para evitarlo, John, en una frenética carrera, se adentró en el bosque.

—Menos mal, ya se me va pasando, podré volver a ver a mis padres estoy seguro.—Comenzó a sonreír como si la alegría hubiera estado escondida, y ahora la encontrara de nuevo. En ese mismo instante, entre arbustos frondosos, vio pasar algo de color naranja.—Estoy seguro de que es alguien.—pensó John.

—shit, no hagas ruido chico.—se escuchó una voz, que procedía de la parte posterior del arbusto.—Eh! ¿Qué quieres? ¿Eres un bandido?—preguntó en un tono bajo e inocente John, mientras intentaba averiguar la forma exacta de aquel individuo entre el frondoso taraje.—No soy un bandido, me persiguen.

—¿Quién te persigue?—

—¡Tu madre por supuesto que no! Ja, ja, ja, por cierto buenas piernas, dale mi enhorabuena a tu madre por ellas, amigo.—Se escucho una risa burlona y los arbustos abrieron paso a aquel destello naranja que apenas pudo ver en su totalidad.

Un poco estupefacto, se volvió hacia donde estaba Gildmon y el chofer, puesto que no eran muy de su confianza aquellos dos. John se fue pensando alguna excusa para que no supieran qué había ocurrido y también por vergüenza. Miró a su alrededor y por un momento se extrañó; el monte le rodeaba y el carro se veía lejos.—¿Qué ha pasado? ¿Cómo he llegado tan lejos?—Aún más extrañado se fue pensando hacia Gildmond, que ya estaba impaciente.

—Muchacho ¿dónde te metes? ¿Qué haces por mitad del bosque? Comenzó a interrogar el chofer con aire inquisidor.

—He estado frunciendo el seño un poco ¿Acaso eres mi madre y te tengo que pedir permiso?—Respondió John en coherencia con el destello naranja.

El pequeño descanso llegaba a su fin, debían avanzar un poco más y ya pronto encontraría la llanura del anillo donde podrían descansar, antes de ponerse en marcha para llegar al final del viaje.

El sendero se retorció en unas “eses” que zigzagueaban por todo el lomo de los montes que iban escalando, al otro lado la llanura del anillo se encontraba esperando. A la vez un destello naranja pasó fugazmente por un lado del camino, parecía como si un ciervo corriera en paralelo a ellos.—Es raro ¿Qué clase de ciervo nos seguiría?—pensó John.

El monte se hacía cada vez más cuesta arriba, los árboles no todos podían estar en comunión con el cielo y algunos parecían arrastrarse por la tierra. No era el camino más recto ni mucho menos, el camino de Villous era mucho más recto y más llano, pero al parecer habían elegido el camino más seguro para evitar entre otros a los ladrones.

—¡So! Todos abajo, los caballos no pueden llevar más peso del que llevan, está cuesta lo matará.—Gildmon bajó de un brinco, mientras el chofer daba órdenes algo furioso.—¡Eh! Chaval ¿Quieres volver atrás? Aún estás a tiempo, piénsalo porque pasando este valle ya no habrá marcha atrás y tu vida cambiará, ya solo quedarán unos diez kilómetros para llegar a Villous. Espero que lo pienses esta noche, pues no es tan bonita Villous para alguien como tú. El chofer volvió a mirar a Gildmon con cara de pocos amigos mientras que este levantaba las manos en señal de no pasar nada por haber dicho aquello.

—Está todo decidido, algún día tenía que ver Villous en persona y diría que no es para tanto mal. El sol hacía un extraño efecto cuando ya comenzaba a caer, alrededor los árboles creaban una bonita visión del bosque siendo bañado en un fino oro de rayos de sol.

Un respiro por fin. La entrada de la cima de los vientos se veía ya próxima y más adelante la cima de los fuegos, y en el centro lo que le da sentido a estas tierras. No hay nada, solo una gran extensión que da vida al verdadero anillo ¿Qué sería un anillo sin un vacío en su interior? Villous aún estaba lejos, pero John parecía que tenía buen temple y así superando la desagradable despedida con los suyos que siempre le habían acompañado en cada paso. Ahora el éxito o el fracaso no importaban, lo único que sí importa es dar los pasos con rotundidad.

La zona era una de las mejores, dado que el anillo es el lugar donde puedes descansar sin peligro de que nadie te pueda rodear o poner una trampa. Los inspectores y keepers pasaban por allí y desde los bosques miraban con sus anteojos. Les servía para identificar a algún sospechoso o para vigilar en caso de algún altercado, por todo ello la zona es la mejor opción para un buen descanso. Había ocasiones en las que los keepers se ponían a tararear unos mantras antiquísimos y se convertía todo el anillo en una danza de almas, pero en otras ocasiones los inspectores los reprendían, ya que no entendían demasiado aquel acto. De tarde en tarde llegaba algún mercader vendiendo lo que principalmente no había podido vender en la ciudad y de paso siempre alguien picaba, eran de los pocos que iban llevando y trayendo muestras de distintas civilizaciones que a todos les encantaban comprar las exóticas novedades. No obstante a temprana hora, nadie solía aproximarse y los que llegaban tarde no escogían el centro precisamente. Aquel valle de forma ovalada y con una fina arena, aunque compacta, también hacía un efecto sonoro potenciando cualquier ruido; por eso dicen que no había ni grillos, puesto que ellos mismos les daba coraje escucharse a sí mismos y evitaban quedarse allí. El

sigilo es la norma número uno de este lugar, claro, casualidades de la naturaleza para un buen descanso.

–Bien, esta noche no tendré que dormir cerca de vosotros.–Mientras recogía todas sus cosas se alejaba a unos diez metros de Gildmon y el chofer. A la vez que los dos miraban de reojo a su desconfiado polizón, asentando con la cabeza en el firme, ellos mismos se lo habían buscado.–Te levantaremos temprano chico, duerme profundamente.–susurró Gildmon, pues si hablaba un poco más alto se escucharía así mismo. Había escuchado rumores de la existencia de este lugar, pero verlo personalmente era demasiado, ya llevaban mucho camino. Hasta ahora no había sido tan difícil llegar hasta allí y el camino fue bastante rápido para lo que podía haber sido. A veces se preguntaba si una simple vara hubiera sido poca cosa frente a otros peligros.

Ya pensar demasiado poco servía. Ahora estaba en un lugar bastante seguro, no obstante era un lugar cercano a Villous y éstos no permitían ninguna amenaza hacia ellos. Bastantes estrictos eran y la mayoría de las veces ni los keepers se atrevían a acercarse hasta allí, regresando a Rocaroja o acomodándose en algún lugar para meditar.

John se había recostado sobre su mochila. Aún quedaba bastante tiempo para que anocheciera y el clima se había vuelto muy cálido. Aunque había pocos lugares fríos, quizás donde más frío hiciera sería la montaña de Rocaroja. Solo necesitaba tenderse y dejar que la fina arena fuera adaptándose a su cuerpo. Mientras el tiempo pasaba y caía la noche, iba dando marcha atrás a los últimos días puesto que una extraña circunstancia le había llevado a una situación tan radical.

Sí notaba alguna molestia en sus piernas, un fuerte hormigueo, que hacía que las piernas le incomodaran un poco.

La noche pasó lentamente como si la prisa allí se esfumara. Entre las plantas de los alrededores, posibles responsables de la extraña acústica que allí se producía, se veían unos destellos que prácticamente se intercambiaban como si de una conversación fluida se tratara. Eran los inspectores, que allí mismo intercambiaban la información sobre todo aquello que no era tan relevante, en caso contrario se reunían en algún lugar de la circunferencia, aunque nunca solían dejarse ver en el interior. De esa forma no molestaban a los viajeros, y éstos podrían controlar que es lo que hacían allí. Antiguamente todo era mucho más libre, pero los tiempos habían cambiado.

Las horas pasaban y un leve sueño hizo aparición. John imaginaba aquellos días cuando las noches era tan bonitas que apetecía dormir debajo de las estrellas, junto a sus padres, que lo llevaban a ver tal misterioso y profundo escenario que cada noche sucede desde tiempos inmemorables. El único techo sin fisuras le decía su padre. Era algo maravilloso de contemplar en los cielos del sur e incluso más adelante fue costumbre ir a dar un paseo con Kaspar y Agnes, sin olvidar a sus inseparables y más queridos personajillos Kris y Marie, dos pequeños diablillos bajo la tenue luz de las estrellas.

–Despierta, despierta perezoso.–Gildmon comenzó a zarandear a John, tras el primer rayo de sol. No hacía una noche tan buena desde hace tiempo y ya era ser exigente. En ese instante el corazón se comenzó a acelerar tras mirar de reojo el sitio donde estaba recostado.–¿Me han robado la mochila? ah está aquí, menos mal.–aliviado John comprobó que todo estaba en su lugar, levantando la cabeza mirando hacia la cima al oeste...–Es hora de llegar a Villous. Yahoooooo.–

Tenían que volver a empujar el carruaje, pero en esta ocasión el peso era menor que la primera vez. Habían dejado, en una pequeña cavidad acondicionada para ello, toda la basura y el avituallamiento ya era menor; el viaje hacia Villous concluía pronto.

John comenzó a correr hacia arriba llegando muy rápido hacia la cima, dejando atrás al Chofer y a Gildmon, quizás demasiado rápido.

Ellos seguían empujando el carruaje cuando la gravilla hacía que resbalaran las ruedas de atrás. El bosque era frondoso y dejaba pasar difícilmente la luz entre la espesa cabellera verde del bosque mostrando un significativo dibujo. A John le recordaba a su jardín y de nuevo la añoranza le daba un vuelco al corazón. Mirando hacia atrás podía contemplar como con paso firme, venían Gildmon y el chofer. El chofer con un traje que le tapaba los pies. En ese momento que miraba hacia abajo, John contempló tras un traspie del chofer, que debajo del largo traje los zapatos eran plateados, cosa que le pareció extraña. John levantó una ceja y decidió asomarse a la cima dejando atrás el valle del anillo.

Y asomándose a la extensa llanura que veía bajo sus pies, se levantaba Villous, la gran ciudad. Ya quedarían los últimos kilómetros apenas medio día de viaje, todo con una suave pendiente hacia abajo.

Antes de salir del espeso bosque, John miró hacia un lado y observó un árbol, que realmente no pertenecía a aquel lugar. Sintió un fuerte deseo de saludarlo, cierta admiración. Era como si el árbol se comunicara directamente con algo en su interior.

—Hola árbol, eres majestuoso y distinto a los demás. Debes de haber llegado desde lejos, si no me equivoco tu clase de árbol es del este de Rocaroja. Un gusto conocerte, otra vez que pase por aquí te volveré a saludar, no lo dudes amigo.—John terminaba de acariciar el árbol en su robusto tronco blanquecino. Cuando ya casi a su altura pasaban sus compañeros de viaje. Mirando hacia el lado donde John se encontraba, Gildmon y el chofer se miraron y exclamaron.—Sí, definitivamente el comportamiento de los habitantes de Rocaroja son extraños, muy extraños.—En los últimos casi diez kilómetros ya no quedaban árboles, todos habían sido talados por Villous cuando en alguna ocasión les hicieron falta. El terreno además había sido totalmente alterado de un color blanco y con unos surcos que parecía que la tierra había sido peinada con un gran rastrillo, todo ello preparado para que el agua del ambiente fuera recogida, pasando así por un gran sector donde cultivaban. Muchas veces era insuficiente y tenían que pedir a Rocaroja materias primas de ahí unos de los negocios que tenían con Rocaroja. Al final de todo aquel territorio, un sistema tecnológico hacía que el agua pasara por debajo de los muros de Villous. Una imagen tan famosa como sorprendente, pues en el suelo unas líneas plateadas formaban un curioso dibujo, casi se podía contemplar desde el final del anillo, que exceptuando caminos secundarios el principal acababa en un embudo, también era idóneo para que toda el agua cayera hacia aquel lugar y fuera recogida con el mismo sistema.

—¡Oh! maravilloso, jamás pensé que esto sería tan sorprendente.—Los torreones de las casas nobles, se erigían entrelazadas en forma de "V" con ventanas redondas. Parecían erigirse hacia los cielos rompiendo el diseño de toda la ciudad, como si su honor fuera imperturbable. Esta era una era distinta pero los cimientos aún eran conservados, y ese apego significaba mucho para los habitantes de Villous que tenían cierto respeto sin saber realmente porqué.

—¿Has visto eso?—Dijo Gildmon susurrando al chofer.

—¿Acaso insinúas que mis sentidos no son lo suficientemente agudos? Lo he visto y mi impresión no es nada buena.—El chofer miró con una mueca de desprecio hacia Gildmon.—Puede romper la armonía, y habrá que actuar oportunamente, bueno analizándolo bien puede ser de interés.

El tono era imperativo y algo desazogado, ya estaban coronando la cima cuando todavía estaban a punto de ver la imagen de su querida ciudad. Gildmon se acercó, y le susurró al Chofer.—Viejo amigo nos despedimos en la entrada, yo iré a hablar con los inspectores. No se preocupe, si es oportuno, le comunicaré si hay alguna anomalía, para su interés. El chofer le miró de soslayo.—Bien, no espero menos.

Una mueca que parecía una sonrisa se asomaba en la boca del chofer. Y no precisamente le dio buena espina a Gildmon, que siempre afirmaba que cuando el chofer sonríe de esa forma es porque trama algo.

Ya no quedaba demasiado para llegar, teniendo en cuenta que al principio era todo una grata sorpresa. Pudo ver como la inmensa luna se reflejaba en los charcos justo antes de bajar hacia Villous. Tras un rato caminando por el camino totalmente recto hacia Villous, todo se convirtió

en tedioso. John tuvo la sensación de que en esos alrededores no vivía ningún animal ni ser vivo, excepto en el límite donde sí había cultivos. Estos pequeños insectos que observaba también le resultaron extraños, creyendo que eran unos similares que produjo toda una plaga en Rocaroja, aún lo recordaba de su infancia.

La mancha verde se extendía sobre la periferia dando una apariencia de sombras. Era un cultivo especial, que directamente trituraban, casi toda la comida la elaboraban con dicha sustancia. Una especie de pan con un sabor realmente amargo, íntegramente elaborado con dicho vegetal, aunque parecía que los ciudadanos de Villous no reconocían ese sabor tan amargo.

—¡Ey! chofer, imagino que tú sabrás por donde habrá que ir para llegar a la plaza de Niklas, ¿No?

—No te dirijas a mí, kakunin.—Todo ello acompañado de una mirada de auténtico desprecio.

Vale, esto... bueno, en fin. Cosas más raras me han dicho, perdóneme.—John remangándose miró hacia un lado donde las supuestas tierras de Villous seguían con la misma apariencia. Empezaba a aburrir bastante, pero en esta ocasión le venía bien para disimular la cortante respuesta del chofer. Claro, tampoco había hablado nunca con él, siempre había permanecido expectante. Gildmon, que lo escuchó todo, intentó ser algo más agradable.

Joven, en esta ciudad todo es perfecto, encontrarás seguramente lo que buscas. Si me dejas darte un consejo; En esta ciudad, cada persona desempeña su papel, no hay tiempo para nada más por eso es tan prospera y tan avanzada, espero que logres acostumbrarte.

John estaba acostumbrado a hacer alguna que otra tarea, pero por lo que más destacaban en Rocaroja es por la actividad física, nadie podía dejar de correr o de practicar algún tipo de arte físico. Era una gran diversión en Rocaroja, incluso se celebraban campeonatos, en los cuales solo se compartía el momento y la habilidad de cada uno. No había ganadores ni perdedores; todos los que se animaban a participar eran altamente respetados dado que era igual de importante el que tenía buenas aptitudes como el que se entregaba totalmente, quizás estos últimos tenían más mérito.

—¡Ey! John, muy agradable tu presencia en nuestro viaje, lástima que no llevaras alguna rareza de valor de Rocaroja. Si necesitas algo, toma esta dirección y acude en mi búsqueda, espero que encuentres lo que buscas en Villous.—El tono parecía casi sincero y John, dándole la mano se despidió haciendo una leve reverencia. Todo fue muy extraño pero la cercanía a la puerta de la ciudad le provocaba un incesante cosquilleo. Quería ver desde dentro toda aquella ciudad, que era principalmente un modelo de civilización avanzada.

El trayecto que quedaba no era demasiado, los caballos estaban ya deseando llegar más que nadie, de tarde en tarde relinchaban para desahogarse un poco, la pendiente aunque leve era a favor. El aire era bastante limpio para ser una ciudad tan inmensa con tantos habitantes, y más sin árboles en los alrededores. Apenas se escuchaba ruido, había coches sin caballos ni ruedas. Todo era tan especial que John estaba dispuesto a descubrir qué tipo de magia era la que utilizaban para semejantes artilugios, pues de sobra sabía que no utilizaban chakra.

Una sensación de compasión por sus seres queridos le recorría el cuerpo, ellos no habían visto semejantes inventos, rara vez asomaban por las tierras altas. Solo almacenaba la esperanza de aportar algún remedio para su padre y poder conseguir sus objetivos más cercanos si todo funcionaba bien, y por supuesto participar como un miembro más de aquella ciudad. Villous significaba esperanza para John podría volver a estar con su familia nuevamente en su bella Rocaroja.

Villous “La magna”

John decidido a entrar miró de reojo la gran puerta que le separaba de su destino, con cierto disimulo.

–Hola, soy John de Rocaroja.

Justo en la puerta, John habló con timidez al inspector de la puerta.

Entre, sabemos quién eres, poca gente llega desde fuera.

La capucha apenas dejaba ver su rostro, una capucha de color blanco en conjunto con su túnica, pero a pesar de ser un color claro no dejaba ver su rostro, incluso era algo molesto a la luz del sol, representaban la pureza de Villous. Era todo un emblema.

Extrañado y casi sin decir nada más, John se fue con su mochila hacia dentro de la ciudad desde la periferia. Todas las casas estaban bien repartidas y daba una sensación de un hermetismo increíble. Eran prácticamente perfectas, ovaladas y con unas especies de antenas; y en la parte superior, una bóveda de un material parecido al cristal.

Era como visitar otro mundo, un mundo muy distinto a lo que había vivido antes. Una vez dentro se acercó a un señor con una túnica morada.–perdona ¿sabrías decirme dónde puedo encontrar la plaza de Niklas?

En un tono respetuoso, John miró al rostro de este señor. Era pálido y a la vez simpático, su palidez era la de alguien que no ha recibido luz del sol durante mucho tiempo.

–Cruza ese puente y allí encontrarás un maglev, móntate y la segunda parada, eso es el centro de la ciudad justo al lado del Mausoleo del patriarca. Tendrás el honor de pasar delante de él, yo lo suelo hacer a menudo.

Le indicó a la vez que ya andaba y miraba a la dirección a la que se dirigía.

–Gracias, amigo.

Quizás poco cortés para un recién llegado, no había demasiado interés por los de fuera según parecía. Los villourianos era gente demasiado entrometida, rara vez se veía algún grupo mayor de tres, cuando había una audiencia pública eran auténticos acontecimientos.

Casi todo parecía perfecto, el color de las calles de un color verde oliva en el suelo, y unas paredes inmensamente blancas. Las calles parecían tranquilas, pues la mayoría solo salían para trasladarse, no para pasear ni nada por el estilo. El ruido era escaso, solo los animales provocaban que el silencio no fuera tan profundo por fortuna.

El camino se hacía tedioso, las calles eran demasiado similares. Todas las casas eran idénticas, carecían de imaginación y solo eran funcionales al máximo, pero nada más. El centro sí era de lo más artístico de la ciudad y en concreto la plaza roja o plaza Niklas, que era decorada cada tramo por aquellos en la ciudad que tenían un gusto especial por el arte. Aún así desde luego no era lo más creativo que había visto y siempre los inspectores andaban molestando si se juntaba demasiada gente.

Fascinaba ver a todos los habitantes con sus perfectas caras y dimensiones, aunque eran más bien bajos, aproximadamente 1.60. Parecía como si la altura fuera calcada de uno a otro, las mujeres incluso tenían la misma altura que los hombres puesto que el trato era muy parecido en aquella sociedad. Demasiado perfectos parecían ser. No existía el hambre ni la imperfección, por lo que incluso la competencia no era demasiado alta, más bien era un viejo recuerdo, pues cada cual cumplía con su objetivo.

No obstante seguían investigando nuevas fórmulas genéticas donde mejorar lo que ellos llamaban la raza de Villous. Era un ser aún en comunión con la especie, sin embargo no tenía cada individuo nada especial por lo que destacar. Todo era homogéneo.

John intentaba fijarse en las distintas zonas, aunque todo resultaba ser demasiado ordenado en apariencia, no obstante encerraba su complejidad con detalles ocultos que pasaban desapercibidos al ojo humano. Todo básicamente tendía a ser ovalado terminando los techos en una especie de diadema en forma de tridente. El sol al reflejarse en la diadema producía unos destellos de distintos colores, pero solo en el extremo superior, mientras que de noche destacaban los muros blancos.

Los servicios que necesitaba la ciudad se encontraban distribuidos por todos lados a la perfección, según funcionalidad y necesidad. Era imposible encontrar competencia entre unos y otros, pues eran brazos de Villous. No existía la riqueza, solo la riqueza de Villous, por lo que pocos eran más ricos que los demás. No obstante siempre que podían ambicionaban lo que no tenían. Era casi como una droga, y se convertía en una conciencia del conjunto. Se basaban en la

explotación de la gente de fuera, de distintos pueblos y también explotaban descuidadamente a la misma naturaleza. No obstante, pretendían no depender de ella, ya que ellos mismo querían creer que eran autosuficientes, benefactores de su propia existencia según creían claro, eso sí, siempre de forma artificial inventarían cualquier cosa que pudiera servirles.

Prácticamente todo era un gran sistema y el mismo patriarca establecía las normas sobre ese tipo de funcionamiento. Los deseos de las personas parecían ser controlados a un gran nivel, todos acababan queriendo lo mismo y el sistema se lo daba. Y solo a los extranjeros eran a los únicos que no se les proporcionaba residencia, se reservaba exclusivamente para los ciudadanos de Villous con derecho de herencia o los que eran posteriormente reconocidos. Si se les proporcionaba medicinas o cualquier otra cosa que pudieran utilizar en el exterior, y por supuesto, lo suficiente para poder vivir allí. Después de todo, para ellos muchos de los recursos ya obsoletos no tenían interés.

Perfectamente era del conocimiento de los villourianos que en Rocaroja aceptarían de buen grado cualquier cosa que les ayudara a mejorar sus vidas, aunque realmente jugaban una doble moral con eso. Las malas artes siempre había sido una táctica de control con los kakunin.

Realmente no necesitaban mano de obra, se les permitía el paso a unos 30 cada año. Para que su genética no se mezclara sin control alguno quedaban prohibidas relaciones entre villourianos y demás individuos.

Esos treinta debían integrarse entre ellos con la condición de que todo hijo que tuvieran deberían de ser tratados genéticamente, practicando claro está, el aborto en aquellos que no. Era obligatorio mezclarse entre los de su pueblo, no pudiendo tener más de un hijo por pareja que se quedara en Villous. Si la mezcla entre los dos pueblos sucedía. Serían tratados de forma diferente a los villourianos, desterrándolos. Se permitiría permiso aquellos con el permiso exclusivo del mismísimo Patriarca. No se había producido nada más que en contadas ocasiones.

Un grave problema era la belleza. Todos solían ser bellos y en más de una ocasión, bárbaros del exterior intentaron raptar tanto a chicos como a chicas para hacer negocios en el exterior. Era como capturar algo exótico y según se rumoreaba era cotizado. Afortunadamente para los jóvenes la ciudad era realmente segura, no obstante la fama se había extendido lejos de sus muros.

Solo tenían la dependencia del exterior de animales y alimentos vegetales que allí no eran cultivados. Villous eran perfectos comerciantes de grandes inventos que en las tierras fronterizas eran de gran ayuda, solo que como siempre los iban ofreciendo cuando ya a ellos no les servían. Todo ello hacía que fuera una civilización donde todo se encontraba estudiado y sabían realmente cual sería su progresión de una forma totalmente controlada, donde los cambios en general se producirían lentamente.

Solo carecían de una cosa, la verdadera libertad para compensar ese déficit que solo se encontraba ya en el subconsciente, creaban modas y nuevas influencias a las que todo el mundo se les hacía depender y de esta forma se conseguía que el individuo estuviera perfectamente integrado en la sociedad, incluso se establecían prohibiciones que iban variando a lo largo del tiempo, pues sabían que algunas "incomodidades" eran buenas para que la disconformidad también ayudara a mantener un cierto equilibrio. El resultado final además de predecible y benigno para Villous era el más óptimo para conseguir los objetivos a largo plazo. Un pueblo carente de rebeldía y sin personalidad, quedando así como simples marionetas, relegados a meras abejas obreras autómatas.

Demasiada dificultad tenían para vivir utilizando la imaginación, sin duda la responsable de toda evolución científica; también un factor a tener en cuenta era el miedo, método de control imprescindible en toda gran civilización.

Las normas o leyes se ocupaban sistemáticamente. Cómo último recurso, pues tampoco era tan necesario en Villous, el mayor temor de todo buen ciudadano, las mazmorras de Villous donde pocos realmente sabían que era lo que allí sucedía, tan solo habían escuchado viejos rumores olvidados y lejanos.

La genética se consideraba un bien para ellos pues a gran parte de los villourianos se les había suprimido ciertos genes, sería prácticamente una lobotización con lo que el daño era terrible para su supuesta raza perfecta, pero no para sus planes.

Las alteraciones genéticas realmente eran un arma de doble filo, personas casi perfectas pero habían perdido la esencia, eran pacíficas y razonables pero a la vez habían perdido el sentido del arte, el amor, lo espiritual, y el libre albedrío. La mayoría de los ciudadanos a no muy avanzada edad quedaban casi como vegetales, era una vida demasiado fría y anodinas. Las doce casas eran las responsables de ejercer las funciones que se les había encomendado, tenían el orgullo y la especialización para sus tareas, sin duda un convenio perfecto.

Sí es cierto que uno de los acontecimientos más esperados eran cuando los kakunin llegaban. Éstos eran divertidos y a veces alguna joven que se atrevía les echaba el lazo aunque con cierto peligro, puesto que ellos eran la fruta prohibida. Algunas veces vivían romances en la clandestinidad sin que absolutamente nadie se enterara de aquello. Otras veces eran discriminados puesto que estos comprometían la estabilidad y el orden que tan bien planteados habían sido desde viejos tiempos.

La jerarquía suprema era el patriarca, aquel que siempre debían de obedecer. Era siempre escuchado y su salmódica voz guiaba a su pueblo. Solo había existido un patriarca desde la fundación de la ciudad, tanto la ciudad como el mismo patriarca contaba con 327 años aproximadamente, según el cómputo de Villous. La historia decía que desde que nació el Patriarca, Villous también nació con él. Era también un tema considerado tabú debido a unos extraños misterios que nadie había averiguado, y curiosamente en ese tiempo no había llegado nadie que pudiera quitarle el puesto de padre del pueblo, era normal, él era su historia. Además, según parecía a ojos del villouriano estándar, el patriarca no tenía todo el poder, puesto que también tenía ciertas limitaciones que debía acatar. La especialización de cada miembro era la excusa de que pareciera limitado. Pero claro, realmente él necesitaba sus marionetas para mover los hilos desde la sombra. Para todos él era un emblema que raramente veían frente a ellos, pero que todos admiraban.

—¡Eh! Chico, no olvides ir a la sastrería, antes de nada, no debes de ir por ahí con esas ropas.—Le recomendó un soldado de la casa de la defensa a John en cuanto llegó al destino, la plaza Niklas.

—Guau, verás cuando le cuente a mis padres que he estado en la misma plaza de Niklas.— Pensó en voz alta John, mientras subía su mano en forma de visera para mirar alrededor y comprobar cómo ninguna de las referencias que había escuchado se correspondía a aquella plaza.

—Esa debe de ser la tienda de Marijey ¡Si mi padre viera esto!—Gritó para sí mismo.

Con un gran movimiento de pies salió en búsqueda de la entrada de la regencia. Una regencia era un lugar establecido que servía a los ciudadanos de los productos básicos. Era un lugar coqueto y muy ordenado, cada cosa estaba puesta en el lugar idóneo. Entrando bajo la atenta mirada de todos los que allí se encontraban buscando entre los enseres que les hacía falta, pasó a través del arco de la puerta.

La regencia de Marijey era una tienda totalmente simétrica como la misma ciudad, destacaba de las demás por el letrero, un letrero que no había olvidado John, puesto que él y su padre la habían tallado, era el único original en la ciudad, permitido por Villous por encontrarse en la plaza Niklas. Dicho letrero fue elaborado con la madera de un viejo árbol muerto y el chakra de su padre que sirvió para moldearlo y darle la presencia tan artística que tenía.

Tras esperar su turno, puesto que había que mantener un poco las distancias en un lugar que no tenía una gran bienvenida ni mucho menos, en cuanto John vio la ocasión, decidió presentarse.

—Hola Marijey, soy John de Rocaroja.—se presentó John con gran orgullo a la vez que Marijey una mujer rechoncha con cálida expresión, se fijaba en su rostro hasta que lo pudo

identificar.–Hola mi pequeñajo de la frontera, pero como has crecido y veo que has encontrado con gran facilidad la tienda ¿Quieres tomar algo? Tómate algo. Ven, seguro que estás hambriento.–

Marijey trabajó fuera de la ciudad durante mucho tiempo y conocía perfectamente Rocaroja, además de estar informada de la llegada del chico por la relación entre la familia de John y ella, de hecho casi era una tía lejana para John.

–Sí, gracias, ya casi en la mochila no llevo nada.

Jamás podría John rechazar nada que proviniera de Marijey, y allí tras una puerta interior y en lo alto de una repisa se encontraba un bote donde estaban unas magdalenas, qué digo unas magdalenas, las magdalenas más ricas de toda la región del sur. Le haría recobrar el aliento en menos que canta un gallo. Una pena que Marijey no fuera de Rocaroja pues seguramente los ingredientes serían más sabrosos.

–Marijey ¿Dónde podría encontrar el registro? Tengo que ir allí para ver si puedo quedarme en Villous.

Indagó como alguien de aires desorientados en una nueva ciudad.

–Debes ir a la calle del “registro” en el segmento A, allí es donde debes llevar tus papeles y te podrán dar cita para que te examinen. La preinscripción la tienes en ese cajón, pude conseguírtela. No tardes en ir, este año cerrarán pronto la campaña de recogida de mano de obra.–la voz de Marijey tenía un timbre suave y a la vez agudo que era agradable de escuchar. Un moño le hacía tener un aspecto entrañable y a la vez respetable.

–Entiendo Marijey. Muy amable de tu parte.

John siempre había sido un chico prudente y parecía educado a pesar de que no sabía nada de las relaciones sociales en Villous. Las preinscripciones por otro lado eran más fáciles si alguien de la ciudad la recogía por ti, puesto que normalmente eran muy desconfiados en darlas. Pero siempre algún colaborador era admitido para ofertarlas o darlas desde dentro. Una ciudad increíblemente funcional pero con reglas a cada cual más extraña, sobre todo si eres un forastero.

De camino a la dichosa calle, tan bien categorizada y enmarcada en un conjunto casi perfecto se observaba como la gente que se cruzaba tenían un comportamiento extraño, eran demasiado reservados, aunque desde sus casas se veían como miraban desde aquellos ventanucos redondos, eso sí, como quien ve un bicho raro. Justo en el comienzo de la calle, las casas que se elevaban en el centro eran las de los señores de las distintas “casas”. Era la casa del orden, se encargaba de que todo estuviera en orden y eran meticulosos en ello. Las sedes principales de las casas eran edificios más altos, se encontraban por encima del resto, que eran más corrientes y bajos que éstos. Era un contraste de poder por encima de todo. Entre los distintos picos de los edificios de la casa del orden, se divisó como una sombra pasó con gran avidez.

–¿Qué es eso?

Exclamó John, mientras se volvía tras ver algo pasar que precisamente no describía una línea precisamente recta, más bien se difuminaba.

Se percató que una sombra de color anaranjado no podía ser muy normal, su reacción llamaba demasiado la atención en una ciudad demasiado tranquila, podrían pensar que estaba loco. Siguió caminando hasta un portal, que era un lugar muy correcto y muy estético para que desde todos los puntos desde donde miraras lo apreciaras y no tuvieras dudas de que lugar era.

–¡Bien ya estoy aquí! Parece que aquí es.

John llegaba al lugar donde podía inscribir su sueño. El Registro donde unos enfermeros de bata blanca, y digo bien, se encontraban esperando en la recepción. El registro no era como todo aquel y corriente registro de cualquier otra cosa, más bien su propósito era recolectar muestras de ADN, tanto como una revisión para averiguar posibles enfermedades o alguna incompatibilidad con la gente de aquél lugar, claro está, en caso de que su ADN evadiera las prohibiciones de alguna forma no prevista.

–Hola buenos días, me llamo John Jacob Wick de Rocaroja y venía para hacer el registro.

Inclinando la cabeza con muestra de esperar instrucciones, John esperaba una respuesta.—bien, quítese la ropa tras las cortinas, la parte superior concretamente. Le tengo que pinchar—La enfermera que antes de terminar de decir aquello ya estaba comprometiendo el momento con su frágil sensibilidad, era de cara perfecta y cuerpo esbelto como todos los de Villous, pero bastante impersonal, tanto que desagradaba pues todos parecían iguales.—Bien, ahora inclínese, vamos a mirar el estado de la columna, John te llamabas ¿verdad?

La sala de la exploración de muestras, más bien asfixiante, procuraba todo un interrogatorio en cuanto a salud se refiere.

—Perdona ¿Cuándo podría saber los resultados?—Con voz quebrada John trataba de no dejar evidente lo nervioso que se encontraba nunca había visto unas agujas tan grandes y menos que le atravesaran la piel.—John, todavía te queda pasar por las muestras psicológicas, de aptitudes y entonces se te asignará un número, si el número es de color negro te quedarás y si es rojo serás expulsado, así que lo verás al final de la prueba.—La mirada de John cambió cuando escuchó aquello de una forma tan simple.

—John, ya has terminado aquí. Pasa ahora a la consulta de lectura mental, sigue por esa puerta y doblando a la derecha encontrarás al doctor.—

Gracias, muy amable señorita.—Nunca perdía las maneras John, muy a pesar de arrastrar el dolor de un molesto pinchazo.

Casi aliviado iba caminando un poco mareado hacía la consulta, donde un psicólogo le iba a hacer las oportunas pruebas y no podía faltar un escaneado de todas sus facultades mentales, aunque también otras pruebas que nadie sabe exactamente para qué.

Hola John Buenos días, espero que estés bien.

John siempre atento.

—Buenos días y gracias por ser tan amable, doctor.

Las pruebas serreran muy sencillas, y con estos aparatos en la cabeza sabremos todo lo que en tu cabeza se mueve.

El doctor hablaba de una forma extraña era raro ver algo así en Villous o quizás fuera una manía ponerles una erre donde no hace falta.

Tras un gran repaso de pruebas psicogénicas y de actitud, la última puerta se abrió de par en par. Allí estaba la prueba definitiva, las distintas aptitudes físicas mediante la medición que combina una máquina con distintas luces para hacer presión según orden e intensidad, que facilitaban unos datos que nunca entendería jamás. Una luz roja iluminaba la habitación. Era el gran escáner para el cuerpo. Mientras distintos gases salían y volvían a entrar, quedando casi asfixiado tras esas pruebas donde el doctor salía fuera de la sala. Tras ello, un pitido proclamó el fin de la lucha en aquella extraña habitación. Entonces entró en la sala la enfermera con los papeles (todo era increíblemente rápido y eficaz) para dárselos al responsable de la sala del registro, un hombre bastante mayor con una ropa azul turquesa combinada con el color negro en un perfecto orden. Pero en ese instante tropezó la enfermera asomando un trozo de papel donde se podía leer ciento noventa y nueve.

Después de una pequeña reunión, se aproximó a John uno de los distintos expertos en las materias donde se había examinado, para enunciarle el resultado.

—Desgraciadamente y tras comprobarlo exhaustivamente sacamos la conclusión que debes de ir a la casa de... ejem. Bueno una casa donde no te suponga un problema de esfuerzo, esto... mental. Ya sabes que aquí es muy importante la compenetración. Serás remitido a la casa de la artesanía. Tienes cualidades que desarrollar y ya que eres un kakunin podrás intentarlo con el arte que tenéis innato y hacer trabajos físicos ya que vemos que estás en forma, si eso... quizás, también. No podrás acceder a ninguna otra casa, ya que los resultados no superan los 100 de un baremo de 200. Esperemos que su estancia le sea plácida. Queda admitido

Una charla un poco dura, pero lo más positivo entraba a formar parte de las 12 casas. En la casa más humilde, pero un empleo en condiciones para poder sacar su futuro adelante, ya que nunca había pensado siquiera en llegar a Villous...

—tienes hasta mañana para comenzar tu trabajo debes de ir al segmento L, este es tu permiso de trabajo y residencia, espero que te esfuerces en Villous.—Con mirada desganada y

con un pelo peinado por costumbre que ya de por sí había sido rendido ante tan persistente peine y peinador, el médico en jefe le abrió la puerta, invitándolo a salir.

El sol estaba inclinado pero lo justo para que pasaran todos sus dorados rayos, un poco cegadores entre los tejados de color ceniza de Villous; todo estaba en distinguido orden. Los demás kakunin (se podrían contar con los dedos de una mano) posiblemente habían pasado la prueba también, aunque lo mismo con distintos destinos. El regreso desde allí era un paseo bastante agradable para un ajetreado día. Mirando las bonitas sombras que iban creciendo entre los distintos tejados, una se abrió paso muy rápida, y esta vez no era ninguna chimenea ni nada por el estilo y tampoco era el relieve de las casas, pues no se movían con vida propia. De reojo, atisbó algo anaranjado tan veloz como un pájaro hasta que desapareció. En su memoria recordaba algo de aquel bosque del anillo.—¿Sería lo mismo que aquella vez?—se preguntaba John, mientras su mirada se perdía entre los techos esféricos de las calles.

Las paredes tan serias como tranquilas, mostraban un blanco puro que agradecían el contraste con las sombras. Una calzada tan bien puesta que no había nada que se desviara de su línea tan precisa y tan bien diseñada.

El camino se hacía tranquilo, no había nada que perturbara la paz en aquella zona, pues no se necesitaba de guardias sobre todo cuando todo el mundo seguía con rigor su trayecto tan bien perfilado.

Todo aquello no quería decir que no hubiera guardias vigilando sin ser vistos. Era algo que daba lugar a divagar, si era miedo o si era costumbre bien preservada por el orden. Se fijó como el muro del exterior, le rodeaba, dando una sensación de encierro.

Y en un estado casi adormecido de tanto divagar, mientras caminaba ¡Pum! al salir de una esquina una chica salía casi desbocada, el choque fortuito provocó en John que mirara a Villous desde otra perspectiva, marcha atrás y desde arriba hasta el suelo en un giro vertical de ciento ochenta grados hasta tocar con la cabeza el mismísimo asfalto de Villous. Todo un espectáculo para los buenos amantes de las buenas vistas y el riesgo.

La chica que no sufrió menos que John al caer, claro está, no todos los días te chocas con un kakunin adormecido. Al caer perdió el control y había caído justo encima.—¡Ahhh! Perdóname, lo siento, no pretendía...—John le tendía una mano hacia ella desde el suelo tras haberse levantado de un salto, mientras miraba absorto a la cara de la chica, pues tenía algo distinto a los demás y eso le había sorprendido, incluso gustado.

—Vaya si eres un Kakunin, siempre cojo esta misma esquina a esta hora, y hoy estabas tú precisamente. Deberías de saber que la gente tiene sus costumbres aquí bien arraigadas.

Casi sacándolo de la camisa mientras le reñía, no obstante, un poco ruborizada, pues no siempre te chocas con un apuesto kakunin.

—¡Eh! No ves por donde caminas, tienes que estar cuidando donde pisas. Casi acabas conmigo después de haber conseguido quedarme.

John se volvía a poner la camisa bien con aires de derrota, no se esperaba semejante descalabro y menos con una chica que ni siquiera se quejó del dolor como él.

La situación era un poco extraña no eran situaciones habituales ni mucho menos. La chica mientras acariciaba una de sus ceja, preguntó—¿Eres uno de los kakunin que ha aprobado?—

En avidez de respuestas John le dijo mirando sus finas y oscuras cejas, que junto a su pelo liso y sus grandes ojos formaba un muy bello conjunto—Sí así es, he aprobado soy un gran artista o por lo menos eso han pensado, pienso darlo todo para superarme.

—¿Dónde has entrado? sino es mucho preguntar.—exclamó ella con cara de pícara.

—He entrado en la casa de la artesanía. ¿No es evidente?

—Ja,ja,ja. Entonces nos veremos ¡Bye, bye, kakunin!—Sonrió alocadamente, mientras se marchaba y dejaba con la palabra en la boca a John.

—¿Cuál es tu nombre?

La llamo mientras a grandes pasos desaparecía en una de las calles.

–Vaya es rápida y también descortés como el resto.–Murmuró John mientras observaba que era ya imposible ver por donde se había ido.

Tras una gran confusión de horarios y adaptación en el plan de trabajos que tenía Villous, que compaginaba la forma más optima entre descansos y trabajo, fue cuando decidió que debía de explorar todas las calles que aún no había podido ver antes de comenzar a trabajar como un currante más.

Las calles eran prácticamente clónicas y simétricas, excepto por una pequeñita que quedaba un tanto anómala en forma de cuña, en su parte final presentaba un semicírculo vacío. Allí la misma dimensión de aquella ciudad terminaba, era la calle del patriarca, zona totalmente vigilada donde todo aquello era residencia y sede del mismo patriarca. Se rumoreaba que allí había grandes secretos tan misteriosos como el mismo patriarca, pero claro eran rumores que no todo el mundo se permitía el lujo de contar y menos aún escuchar.

Justo en la dirección donde la calle apuntaba se encontraba el bastión de Villous, un gran obelisco inmensamente grande, a pesar de su tamaño flotaba en el aire y en su base se encontraba la casa de los grandes; la responsable de la seguridad y paz de Villous por no decir realmente la casa militar. Solo aquellos que dentro de Villous son especiales tanto en fuerza, como en inteligencia; pero eso sí, sin salirse de los parámetros establecidos. Había ocasiones en la que John arrugaba la frente tan fuerte que le costaba que no le saliera una fuerte línea en la frente, todo le parecía demasiado aburrido y exquisito a la vez. Lo mejor de lo mejor se encontraba en Villous pero totalmente carente de espíritu.

Las cortinas se movieron entre las rojas ventanas que brillaban bajo la luz del sol. Una cabeza casi asomaba por la ventana tras las cortinas, pero se ocultó inmediatamente tras mirar a la calle. Allí se encontraba John mirando, perplejo por la extraña reacción que había visto casi sin querer, no obstante le pareció ver a alguien importante quizás fuera el patriarca, pensaba que si fuera el patriarca por qué se iba a esconder. Se remangó y se dispuso a dar marcha atrás, había andado demasiado y tenía que ir al lugar donde todos los artesanos debían estar. Pronto la hora de trabajo iba a comenzar, solo le separaba un poco de tiempo para pensar un poco más sobre sí mismo y descansar.

El sol parecía caer con cierto aplomo, mientras John seguía sorprendiéndose de la gran complejidad de una ciudad tan avanzada, la diferencia con todo lo demás era abismal. Por otro lado algo bueno tenía que tener, y eso era que todo era demasiado nuevo y tenía que adaptarse a pesar de que la cabeza le doliera un poco. Claro, no era todo lo que John había esperado y le costaba aceptar la realidad de aquel lugar, pero John siempre afrontaba las cosas con una sonrisa incluso aunque le fuera todo del revés. Quien sabe lo que el futuro le deparaba a John, un muchacho de fuera de aquella ciudad.